

Los procesos recientes de transformación de las áreas rurales españolas: una lectura desde la reestructuración ampliada.

Luis Camarero (UNED)
Manuel González (Universidade de Vigo)

Resumen

Las teorías de la reestructuración rural permiten un inventario de algunos de los síntomas del cambio producido en las áreas rurales españolas. Con todo, ofrecen un panorama incompleto, centrado en las respuestas locales a los procesos de cambio socioeconómico global. Obviando tanto procesos de carácter sustantivo (la semantización de las prácticas económicas, la reciprocidad e integración en las economías locales, el cambio en el papel del estado) -los cuales apuntan a la naturaleza sociopolítica del desarrollo rural-, como otro tipo de dinámicas globales de carácter estructural que, estando espacialmente diferenciadas, traspasan la clásica distinción centro – periferia. En este contexto, tres aspectos son analizados: la acelerada desagrarización, la cronificación de la masculinización rural y la importancia de la movilidad pendular. Tres procesos que permiten una aproximación a la revitalización de lo rural, como aspecto central de las sociedades cada día más postmodernas; y que nos acercan, desde una perspectiva sociológica, a una concepción “fluida” del espacio.

Título abreviado: “Ruralidad española: procesos recientes”

Palabras clave: Reestructuración rural, Sociología Rural, cambio social, España

El paradigma de la reestructuración rural ha sido el argumento más utilizado para enmarcar los distintos procesos de cambio que se han venido observando en los espacios y poblaciones rurales. En cuanto marco analítico, lo que la tesis de la reestructuración ha hecho ha sido simplemente constatar la diversificación de actividades; y también, pero menos, el cambio en los usos territoriales, a la vez que certificaba que no sólo había emigración rural sino también corrientes inversas que modificaban las tradicionales estructuras poblacionales.

Como marco teórico ha tenido una amplia difusión en la medida en que no tenía alternativa. Los investigadores podían optar por el “nada ha cambiado” o, simplemente señalar que había reestructuración. La reestructuración, sin embargo, ha sido débil como modelo explicativo. Sólo ha hablado del cambio que se producía sin conseguir introducir en su reflexión aquéllos procesos de cambio global que se estaban produciendo en el conjunto de la sociedad. Globalización, cambio cultural, postmodernidad o economía del signo quedaban fuera de su vocabulario. La reestructuración rural se inspiraba en la economía regional y se convertía en una analogía de las tesis de la reestructuración regional de principios de la década de los ochenta. Se trataba de una oculta analogía que transmutaba los cambios en la organización del territorio a las relaciones campo - ciudad.

Desde sus formulaciones dispersas e iniciales -véase el texto recopilatorio de Marsden, Lowe y Whatmore (1990), precisamente titulado reestructuración rural¹-, este modelo de inspiración económico-descripcionista ha intentado ser completado por añadidos procedentes desde perspectivas constructivistas y agenciales en un intento de dotar de sentido los distintos cambios, de insertar estos cambios en las distintas líneas evolutivas que configuran el devenir de las sociedades que quieren llamarse culturalmente avanzadas, o que son candidatas a sociedades postmodernas².

Sin embargo las distintas “addendas” o nuevos enfoques con los que se ha intentado superar el distanciamiento que la reestructuración ha tenido sobre su propio objeto de estudio no han sido bien acogidos. *What rural restructuring?* se preguntan Hoggart y Paniagua (2001a), autores que piden un abandono del constructivismo ya que consideran a este como una visión subjetiva de la realidad³. Sin embargo la realidad social no es un mecano sino el resultado de la elaboración de significados y el atender a la construcción

¹ Una anticipación de los principales cambios puede encontrarse en otro recopilatorio Bradley y Lowe (1984).

² El propio texto aludido (Marsden, Lowe, y Whatmore 1990) contiene una contribución de Marc Mormont que se aparta de la línea general del texto, el cual a través de su pregunta “Who is rural?” señala buena parte de los elementos que centrarán los debates de cara a ampliar el marco de la reestructuración.

³ Estos autores en un segundo artículo, publicado en la misma revista (2001b) acaban concluyendo que en España no hay evidencias de reestructuración rural, que la modernización rural es una asignatura pendiente y la postmodernidad fuera de lugar. Además de estas páginas, otros textos, sin embargo muestran la pertinencia y utilidad de los postulados de la reestructuración para el caso de España. Por ejemplo, Garrido, Mauleón y Moyano (2002) en conexión con las políticas de desarrollo rural, u Oliva y Camarero (2001), donde se advierte de procesos “sobre-modernos” como la recampesinización.

—negociada o impuesta— de los mismos no es un ejercicio vacío sino que es esencial, como se verá en las páginas que siguen, para comprender y también para poder actuar.

Este artículo comienza mostrando un recorrido por las “apostillas” a la reestructuración, por lo que podría denominarse reestructuración ampliada, introduciendo sobre todo la dimensión política, dimensión crucial en la medida en que en el occidente europeo cambio rural es principalmente sinónimo de desarrollo rural. Este marco analítico ampliado se contrasta a continuación con tres macroprocesos especialmente reveladores, que atraviesan los estrictos marcos de lo local y de lo regional para poner en evidencia que, mientras hoy se piensa en lo rural desde una concepción estrictamente local, los procesos observados en la ruralidad española muestran el carácter de una “ruralidad líquida” o itinerante. Una ruralidad que aunque adscrita y constreñida socialmente a su dimensión local es, sin embargo, continuamente soportada por procesos globales, entendiendo éstos últimos en el sentido de las nuevas pautas de organización de las sociedades avanzadas. Es decir, mientras su carácter simbólico e identitario se apoya y refuerza en lo local, ello es precisamente expresión de otros procesos que afectan a la sociedad global.

1. Los eslabones perdidos de la reestructuración rural. Signos, agentes, interacción, valores

De la reestructuración y diversificación económica a la integración interna. Las economías de signos y espacios.

El despliegue de una crítica consistente respecto a la visión estrictamente mercantilista de la economía (Polanyi, 1992; Grannovetter y Swedberg, 1992; Mingione, 1994; Callon, 1998; Bourdieu, 2003) ha facilitado la comprensión de los contenidos socioculturales en los objetos y procesos económicos, lo que hace que algunos autores comiencen a definir el modelo económico actual como un “capitalismo cultural” (Rifkin) o “economías de signos y espacios” (Lash y Urry, 1996). En el contexto de una economía de signos, el énfasis en la producción material —de objetos— se desplaza a la producción de significados —el significado de los propios objetos, de determinadas prácticas—. Precisamente el espacio, o más bien el territorio, es un soporte privilegiado de significados —natural, singular, marginal, tradicional, mítico...—, los cuales se transfieren a los productos de ese territorio o a las prácticas que en él se real-

izan. En esa producción cultural, en lo que afecta al medio rural, se utilizan a menudo atributos como natural –“turismo verde”-, típico –“*pan de pueblo*”-, tradicional –“receta tradicional”-, identitario –“nuestra leche”, “de nuestra tierra”-...

Las economías de signos y espacios implican que el conjunto de una economía local tenga una fuerte dependencia de la imagen territorial, en cuanto imagen colectiva. Esto permite transferencias de unas empresas, actividades o sectores, a otros. Por ejemplo, la imagen de calidad de las producciones agroalimentarias del Bierzo (León), de Navarra, o el “Label” de *Galicia Calidade*, que abarca una gran diversidad de productos. Ello revela una situación de interdependencia que no es sinónimo de cooperación, ya que una imagen territorial de marca se va a configurar por la suma de las acciones de los productores o las empresas locales, establezcan o no relaciones cooperativas intencionales entre ellos. No todo es idílico en las economías territoriales, ya que a menudo se observa como los distintos agentes económicos de una zona compiten por recursos escasos –como pueden ser el suelo o el agua⁴-, o a veces se van a plantear problemas de compatibilidad de usos entre las distintas actividades.

Una nota peculiar de las economías rurales es su marcado carácter recíproco: la existencia de fuertes y abundantes relaciones personales, cara a cara, entre los agentes económicos (Polanyi, 1989; Mingione 1994). Esto lleva a la personalización de los conflictos, aunque también facilita la puesta en práctica de mecanismos informales que permiten satisfacer intereses concurrentes. Sobre la existencia de estos fenómenos en localizaciones industriales se dispone de abundantes experiencias –como en el caso de los “distritos industriales” de la “Tercera Italia” (Becattini, 1988)-. Lo que es relativamente novedoso es su identificación en las zonas rurales, especialmente en aquellas de carácter emergente en torno a actividades distintas de la industria (González Fernández, 2002).

Otro elemento de las nuevas economías rurales es la creciente intervención estatal, en un contexto general marcado por las políticas neoliberales, paradójicamente poco favorables a ésta. Presencia cada vez mas asentada y normalizada, reconocible por la multiplicidad de agencias que tienen presencia en los espacios rurales –como la UE, el Estado, las autonomías, entes supramunicipales, ayuntamientos-, las cuales desarrollan diferentes funciones de modernización de infraestructuras y servicios, regulación de la actividad

⁴ Véase sobre el caso del agua: Costantini y Pedreño (2003).

económica o apoyo a la iniciativa privada. Todo ello a través de la promoción del desarrollo rural, con las medidas contenidas en la PAC, en las Iniciativas Comunitarias o en los programas estatales, entre otros.

En definitiva aquel “mundo rural” que la visión modernista caracterizaba como atemporal, inalterable en su esencia y decadente, se nos muestra, si lo miramos de manera atenta y detallada, como un conjunto variado de escenarios, sometidos a profundos procesos de cambio socioeconómico (ver cuadro 1), que trascienden hasta permitir que la sociedad construya una representación general de la ruralidad en términos positivos.

Cuadro 1.
Los grandes procesos socioeconómicos de cambio en el medio rural

PROCESO	TRANSFORMACIONES QUE IMPLICA
<i>Reestructuración</i>	-Conexión e integración con el sistema económico global -Diversificación de sectores y actividades -Reorganización local (empleo, innovación, división espacial del trabajo)
<i>Intervención estatal</i>	-Intervención administrativa y regulación de las actividades económicas -Incremento de las agencias administrativas con presencia (UE, Estado, Autonomías...) -Diversificación de las funciones de la administración a escala local (infraestructuras, regulación, promoción del desarrollo...)
<i>Semantización</i>	-Reforzamiento del papel del territorio como soporte de significados -Transferencia de los valores territoriales a los productos o servicios -Énfasis en la elaboración simbólica -Tensión entre el éxito (masificación, banalización) y la (auto)regulación
<i>Integración</i>	-Dependencia de la imagen colectiva en cuanto generadora de sinergias -Reciprocidad y mecanismos informales de regulación -Circulación de capital entre sectores y actividades -Interdependencia y necesidad de compatibilización de actividades

Elementos sociopolíticos en la construcción social del desarrollo rural

Si bien los distintos autores de la reestructuración se han centrado preferentemente en las dimensiones demográficas y socioeconómicas de las transformaciones acontecidas en lo rural, ha llegado el momento de hacer hincapié en otro aspecto crucial de éstas: su vertiente sociopolítica. Entendiendo el término “sociopolítico” en su acepción más amplia, esto es, como el conjunto de relaciones de poder que se dan en una sociedad –tanto a nivel micro como macro-, con lo que se superan las visiones reduccionistas de corte institucionalista, las cuales reducen el campo político a los aspectos mas formales, relacionados con lo legal y administrativo.

Comprender el carácter sociopolítico del desarrollo nos lleva también a precisar este último término, ya que “desarrollo” es un concepto polisémico y

que tampoco escapa a la connotación ideológica (González Fernández y Camarero 1999). Para ello es necesario identificar la génesis del concepto de desarrollo, vinculada a dos de los elementos centrales del proyecto modernizador, como son el principio evolucionista y la doctrina del progreso. Respecto al primero, el concepto de desarrollo recoge el principio “uniformitarista”, de universalidad causal, que hay detrás de las ideas evolucionistas. Así, ya que “no hay varias formas de Evolución con ciertos rasgos en común, si no una Evolución desarrollándose por todas partes y de la misma manera”, como dirá Spencer (Cit. en Peel, 1997: 51), desaparece la distinción entre naturaleza y sociedad, de tal manera que el desarrollo de las sociedades no será diferente al que se produce en el reino biológico u orgánico. Por otro lado, la doctrina del progreso –como “avance lento y gradual de la sociedad humana desde la ignorancia y la inseguridad primitiva hacia unas formas de civilización cada vez más altas” (González Seara, 1995: 444), implica que el desarrollo, además de natural y necesario, es unilineal y acumulativo.

La concepción moderna del desarrollo tiene aún hoy una notable vigencia, sobre todo en las ideas de sentido común al respecto, pero también en los discursos académicos. Con todo, en estos es más fuerte la concepción voluntarista e intervencionista del desarrollo, que entiende por éste al conjunto de instrumentos –aunque con especial énfasis en los formales, institucionales– que persiguen el progreso social o comunitario. Recoge, por tanto, la mencionada perspectiva que identifica lo político con lo legal-administrativo, lo que conduce al paradigma tecnoburocrático del desarrollo.

El enfoque sociopolítico descansa, por el contrario, en tres grandes principios que van a ser examinados a lo largo de este texto. En primer lugar, en el reconocimiento del pluralismo social, de lo que resulta una consideración del desarrollo como resultado de la disputa entre agentes sociales diferentes, numerosos y de naturaleza dispar (en sus posiciones, intereses, relaciones...); lo que promueve una concepción del desarrollo como algo no predeterminado ni nunca enteramente previsible. En segundo término, se fundamenta en la ruptura del principio materialista, al reconocer la importancia de los aspectos inmateriales y cognitivos –cristalizados en grandes cosmovisiones, modelos genéricos de desarrollo, estrategias, patrones locales...– en la pugna entre tales agentes. Aspectos cognitivos que, en su dimensión más genérica, explican la puesta en valor de la categoría “rural” en la actualidad. Por último, pone de manifiesto las dinámicas de conflicto–consenso que se establecen entre los distintos agentes.

a) Agentes y relaciones reticulares: un enfoque pluralista

A menudo se han presentado las dinámicas que afectan a las sociedades rurales en términos maniqueos: como fruto del enfrentamiento entre “los de dentro” y “los de fuera”, lo local contra lo global, la ciudad contra el campo. Otras veces, en el análisis de los cambios sociales en lo rural nos contentamos con observar lo más evidente: las relaciones formalizadas de aquellos grupos o agentes que hubiesen obtenido un reconocimiento institucional. Frente a este tipo de planteamientos se sitúa la perspectiva pluralista.

Para esta, los actores o agentes relevantes para comprender los distintos escenarios de cambio en las sociedades rurales contemporáneas –aunque no exclusivamente en éstas-, tienen una naturaleza múltiple, abierta y circunstancial. Así, según el contexto, identificaremos distintos agentes económicos –a su vez internamente diferenciados según la orientación de sus actividades, su dimensión...-, agentes institucionales, políticos... Pero estos sólo dibujan el lado más formal del campo de la acción social, por lo que también los fenómenos sociales se explican en torno a características grupales como el género y/o la generación, la vinculación con lo local –autóctonos, nuevos residentes...- o agrupamientos definidos en torno a rasgos menos estructurales, como son los estilos de vida, las ideologías, la etnia...

Plurales agentes que, por tanto, se encuentran en variados y complejos escenarios. Los cuales vienen a menudo definidos por la relación de fuerzas que se han venido dando en los contextos societales globales –Sociedad Tradicional, Industrial, Postindustrial-, si bien en muchos casos sin que exista una secuencia mecánica que marque el paso de unas a otras situaciones. Más bien encontramos –ya que no deben confundirse los modelos interpretativos con la realidad- un solapamiento de las formas de estructuración genuinas de cada uno de esos contextos: en esto las sociedades rurales resultan paradigmáticas, pues en ellas conviven las viejas clases agrarias, las nuevas clases medias, los empresarios agrarios modernizados...

Escenarios, por tanto, en los que se dan diversas interacciones entre lo global y lo local; marcados por la búsqueda de la dominación o hegemonía entre los agentes sociales, por la defensa de sus intereses; definidos por la pugna a la hora de definir la estrategia de desarrollo... Agentes que emplean, a tal efecto, materiales de naturaleza no sólo material, si no también inmaterial: es el caso de las ideologías, los discursos y las actitudes.

b) Modelos, estrategias, patrones y prácticas: contenidos cognitivos y pragmáticos de la dimensión sociopolítica del desarrollo

La orientación del desarrollo, desde la perspectiva enunciada, es el resultado del despliegue de recursos cognitivos y pragmáticos por parte de plurales agentes sociales. Esta afirmación puede concretarse, abandonar el campo de la abstracción, utilizando para ello las propias experiencias del desarrollo rural.

Comenzando por los recursos cognitivos, se distinguirán algunos especialmente relevantes para la comprensión del desarrollo rural. En primer término, el que podría denominarse “*modelo genérico de desarrollo rural*”. Este no sería sino un conjunto de grandes referentes que marcan las coordenadas básicas de la acción social en ese ámbito. Si bien beben de un sustrato plural, a veces son postulados por las agencias y los grupos dominantes en un contexto determinado. Los dos “modelos genéricos de desarrollo rural” más relevantes en la actualidad son el de modernización y el de desarrollo territorial (González Fernández, 2002), perfectamente perceptibles, por ejemplo, a través de la lectura de las orientaciones de la primera PAC –modernizadora-, frente a la doctrina agrícola y de desarrollo de la UE en los últimos años –de acento territorial-.

El modelo genérico, a la hora de orientar el desarrollo local, tiene un cierto carácter vago, difuso, pero también flexible, en cuanto se halla constituido por valores y referentes necesariamente universales, ya que han de resultar operativos en muy distintos escenarios. De una manera u otra se persigue una cierta normalización de la existencia colectiva. Para identificar esta, se introduce el concepto de “Estrategias”, entendidas como acciones de medio alcance regidas por referentes cognitivos e intereses grupales. El concepto de estrategia, por tanto, permite reconocer que al menos determinadas prácticas económicas se rigen por un patrón social –el parentesco en el caso de las estrategias familiares-. Se concilia así, como plantea Mingione (1994) la acción económica y social desde el punto de vista conceptual.

Otro recurso con el que cuentan los agentes sociales a la hora de orientar la acción colectiva, de manera coherente con sus intereses particulares, lo constituye lo que se ha denominado “*patrón de desarrollo*”. Este resulta más concreto en sus contenidos, y es entendido como interpretación aplicada, a escala local, del modelo genérico: como éste tiene un carácter representacional, referencial, normativo, con el que a través de la imposición de un área de sentido común –consenso- se pretenden institucionalizar determinadas estrategias y prácticas que acaban por dirigir la acción económica –aunque no

exclusivamente ésta- de una parte de los agentes sociales de un escenario local (González Fernández, 2002).

Los patrones de desarrollo productivistas y postproductivistas⁵ descansan en una serie de valores promovidos por los “modelos genéricos”, si bien se traducen en propuestas concretas: se protege y regula un espacio natural o no; se construyen nuevas carreteras o se arreglan las que existen; se apuesta por un turismo de masa o de pequeña escala....

Cuadro. 2.

Referentes principales de los patrones de desarrollo productivista y postproductivista en su aplicación a las economías rurales

	PRODUCTIVISTA	POST-PRODUCTIVISTA
<i>Principio productivo:</i>	Cantidad (Homogeneidad)	Calidad (Diferenciación)
<i>Objeto económico:</i>	Materia (mercancías elaboradas)	Información (signos)
<i>Modelo genérico:</i>	Modernización	Territorialización
<i>Principio organización:</i>	Competitivo	Corporativo
<i>Papel económico estado:</i>	Instrumental (instalaciones, infraestructuras)	Planificación, regulación (programas)
<i>Sector dominante:</i>	Transformación (Manufactura)	Distribución - Servicios
<i>Principal agente portador:</i>	Propietarios modernizados	Tecnoburocracia

El patrón productivista apuesta por la mejora de las infraestructuras, por la tecnología, por la intensificación productiva... Por el contrario, en la medida en que promueve antes una "economía de signos" que una "economía productiva", el patrón de desarrollo post-productivista concede una mayor importancia a la gestión, la planificación del desarrollo, en definitiva, cuestiones de orden simbólico, organizativo... sobre los aspectos instrumentales.

Pero además de estos materiales cognitivos, no se pueden dejar de tener en cuenta los usos y prácticas de los agentes, los cuales son a la vez producto y causa de aquéllos. Producto, en cuanto las prácticas y usos son guiadas por las distintas formas de pensamiento colectivo a las que se ha aludido. Causa, en cuanto los productos cognitivos son elaborados desde la experiencia –individual o grupal- frente a realidades tangibles. Este último extremo se entenderá mejor si se observa como el éxito o fracaso de determinadas prácticas económicas, como la modernización lechera del ganado vacuno, el turismo

⁵ Ambos constituyen referentes que han servido para identificar las posiciones básicas del conflicto en torno a la ampliación del “Parque Nacional Picos de Europa” (González Fernández, 2002) No obstante no agotan el abanico de posiciones, así en el caso empírico aludido se acaba identificando un tercer patrón de desarrollo, de carácter más posibilista, que fue caracterizado como “postproductivista instrumental”.

rural... (esfera de las prácticas) han llevado a un cambio en la concepción del desarrollo (esfera cognitiva) por parte de los agentes sociales del medio rural y, por tanto, a orientar sus ulteriores apuestas económicas, cerrando así el ciclo material – cognitivo.

c) El conflicto y el consenso como mecanismos de producción identitaria

Surge aquí la cuestión de la tensión entre convivencia y conflicto en una ruralidad itinerante (Vicente-Mazariegos 1991). La cuestión es como interactúan los distintos actores en el seno de una sociedad sometida a un profundo proceso de individuación –con lo que esto supone para las estructuras de vida colectiva del pasado-, pero en la que se reconoce una fuerte homogeneización interna a grandes agrupamientos sociales, que desbordan lo local y, a veces, incluso la esfera estatal.

Por eso, frente a las rígidas formas de la vida comunitaria en la ruralidad tradicional, observamos hoy una negociación constante del orden local. La vida colectiva discurre bajo el signo de la provisionalidad, mientras se debate –o lucha- por asignar al espacio local una funcionalidad principalmente productiva o reproductiva; por orientarlo hacia estrategias de consumo masivo o restringido; por convertirlo en un lugar donde dominen las instituciones colectivas o los individuos; donde se impongan unas u otras normas; donde, al fin, se consoliden unas u otras hegemonías.

Pero la provisionalidad no determina que las sociedades rurales estén marcadas por un conflicto permanente. Más bien supone que se hallan implicadas en una continua fabricación de consensos y hegemonías. Para entender esto hay que partir de entender el consenso no como situación idílica de conjunción de voluntades, sino como la imposición de un orden social legitimado por la fuerza de los hechos, por las diferentes capacidades, por el poder de los distintos agentes sociales

El consenso tiene, ante todo, un carácter normativo, con lo que cristaliza las formas de vida y pensamiento coherentes con unos intereses plurales y yuxtapuestos, pero jerarquizados. Y aquí es donde juega un papel fundamental la identidad, ya que es el soporte de los contenidos normativos de la colectividad. La identidad ha sido definida como aquella construcción cultural -por tanto simbólica-, que define el sentido de pertenencia a un grupo. Sus atributos vienen definidos histórica e intersubjetivamente, a menudo de manera mítica, a través de la idealización de la tradición. Pero no tiene sólo un soporte

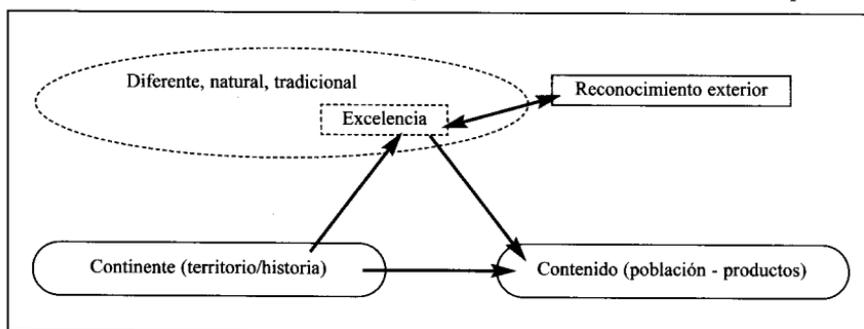
ideal, si no que a menudo los valores identitarios se sitúan en objetos materiales –un alimento, una forma de vestir, una forma de consumo...- o en el propio territorio. La identidad, por tanto, y dado su carácter normativo, es un referente fundamental para la acción social y la inclusión/exclusión: sus formas son, al fin y al cabo, los principios constituyentes del consenso social, aunque este siempre sea provisional y se halle permanentemente sujeto a revisión⁶.

La puesta en valor del rural en cuanto espacio representacional para la sociedad global.

Resulta evidente que, en la sociedad en general, el epíteto rural ha pasado en las últimas décadas de sinónimo de marginalidad y decadencia a referente de calidad, bienestar o calidad de vida. Dicho de otro modo, hemos asistido a la puesta en valor de los contenidos y espacios de la ruralidad: espacio, productos, prácticas. En definitiva al reforzamiento del ruralismo y a la aparición del neorruralismo. Ello a pesar de que algunos de los procesos aquí reseñados no son siempre identificables en la diversidad de espacios que pueden acogerse al adjetivo “rural”, y lo son menos las situaciones en las que conducen al crecimiento y al bienestar colectivo.

Cuadro. 3.
La puesta en valor de lo rural.

La Construcción metonímica de la imagen identitaria desde los atributos del espacio



⁶ En este sentido podrían explicarse las significativas y continuas diferencias o disonancias que se observan entre el impacto de los programas de desarrollo rural y el reconocimiento de los mismos por parte de la opinión pública, tal y como han sido mostradas por Garrido y Moyano (2002). Estos autores han encontrado bajos niveles de capital social, lo que resulta llamativo dentro del voluminoso contexto de las acciones institucionales de desarrollo y de la importancia de las mismas a nivel político. Diferencias también evidentes también en el Agrobarómetro de Andalucía (IESA, 2004, donde se observa gran desconocimiento de las actividades de desarrollo rural y destaca una apuesta agrarista por parte de la opinión pública. Ello sin embargo nos confirma que no existe un reconocimiento unitario de actores, ni una identidad generalizada.

Pero, ante todo, la ruralidad se valoriza globalmente porque pasa a ser un elemento importante en la construcción identitaria de las sociedades postindustriales. Dicho de otro modo, si lo rural es valorado positivamente (por encerrar valores de naturalidad, sociabilidad, tradición...) y resulta ser un elemento importante en la identidad social, esos valores se van a convertir en referentes para la acción colectiva. Así, "la ruralidad es, primeramente, la representación del tipo deseado de organización socio-económica" (Mormont, 1987: 19), con lo que el espacio rural se convierte en "el soporte de las reivindicaciones sobre calidad de vida y en la fuente de inspiración para una argumentación crítica del desarrollo económico" (1997: 27). Por eso decimos que lo rural es un espacio representacional (Lefebvre, 1974), ya que determinados grupos sociales aspiran a que sus –supuestas- características guíen el cambio social (González Fernández, 2002). El postproductivismo es una de las manifestaciones más visibles de esos procesos de orientación de las prácticas sociales desde modelos de acción (Halfacree, 1997), y está muy vinculado a las nuevas clases medias-, que tienen un fuerte protagonismo en lo que ocurre en el conjunto de la sociedad contemporánea. Sus prácticas residenciales, por ejemplo, en las que se busca la calidad ambiental, la privacidad, el diálogo con la tradición –a menudo reinventada-, los llevan a ser uno de los grupos protagonistas de los procesos de contraurbanización. Lo que conllevaría que el objeto de la Sociología Rural "podría definirse como un conjunto de procesos a través de los cuales los agentes construyen una visión de lo rural en función de sus circunstancias y les define a ellos en relación a la distribución en segmentos sociales, y por tanto encuentran su identidad y a través de tal identidad hacen causa común" (Mormont, 1990: 41)

La puesta en valor de la ruralidad es consecuencia, por tanto, de nuevas estrategias de cambio social, que se van a concretar en el ahondamiento de la diferenciación social a través del ejercicio de estilos de vida cada vez más elaborados, en los que la movilidad resulta ser un elemento esencial. Además de en las estrategias residenciales, el fenómeno de la movilidad y de la diferenciación de las prácticas sociales tiene en el turismo rural una de sus más evidentes manifestaciones. Aunque también tiene que ver con el apoyo institucional a la innovación y a la búsqueda de alternativas al turismo convencional, el turismo rural o verde es una expresión de la sofisticación cultural de las prácticas económicas, así como de la aparición de valores favorables a naturaleza y del aumento de la movilidad y del tiempo de ocio.

La sociedad contemporánea se ha movido, en consecuencia, del tópico de la ruralidad decadente al tópico de la ruralidad emergente, utilizándolo como

herramienta –representacional- para el cambio social. Sin embargo, lo que hay detrás del imaginario rural es, como se ha planteado más arriba, un conjunto diverso y dispar de situaciones. No debemos olvidar, por tanto, que el desarrollo rural es un fenómeno complejo, y su concreción en términos positivos, como crecimiento y bienestar es, además, muy selectiva.

2. Transformaciones estructurales más allá de la reestructuración

El marco de la reestructuración ampliada permite comprender el carácter de una ruralidad desagrarizada y culturalmente conectada con las sociedades globales. Sin embargo en su empeño comprensivo pierde la perspectiva de ciertos procesos de carácter general que poco tienen que ver con el diálogo agencial entre actores rurales y urbanos y con los procesos de significación de los espacios locales. Procesos fuertes y estructurales, que producen grandes desequilibrios y cuya generalidad precisamente los invisibiliza.

Lo que sigue es una reflexión a partir de distintos procesos especialmente significativos, que operan en la definición de las áreas rurales españolas: desagrarización, masculinización juvenil y movilidad pendular. El germen de alguno de estos procesos ya está reflejado en los primeros planteamientos de la reestructuración, pero su interior resulta paradójico y desde luego alejado de los postulados de dicho paradigma. Precisamente lo que revelará el análisis es el carácter global de estos procesos. Procesos que, aunque determinantes de la realidad de las áreas rurales, trascienden a las mismas en sus causas, efectos y relaciones.

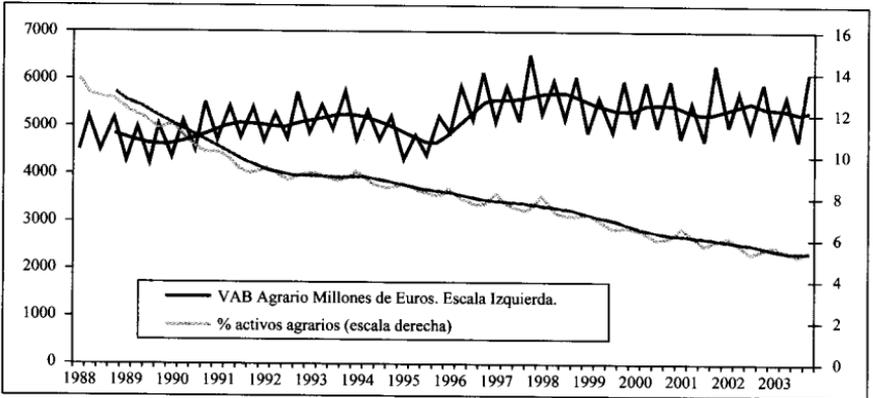
a) Desagrarización

A pesar de la debilidad y parcialidad de la reestructuración, una vez situados bajo su paraguas teórico ésta ayudaba a mostrar, sobre todo, el carácter de una ruralidad desagrarizada. La diversificación de actividades no ha sido sino otra forma de llamar al proceso de desagrarización. Desagrarización significa que la actividad agraria pierde la centralidad que tiene en la organización social, territorial y política para las poblaciones residentes en el medio rural. El término “diversificación de actividades” mantiene una importante inercia conceptual respecto de la ruralidad agrarizada. Llamada diversificación unas veces, pero también “actividades complementarias”, ha sido habitualmente utilizada como sinónimo de este proceso de cambio. En el fondo se presupone la mutua dependencia de lo rural y lo agrario.

Los datos para España muestran una creciente diferenciación entre hábitat rural y actividad agraria. Ciertamente el proceso de desagrarización es

paralelo al proceso de industrialización agraria. Por ejemplo la progresiva caída de la ocupación agraria, como indicador fuerte del proceso de desagrarización, no ha tenido repercusión en el valor de la producción final. Al contrario mientras la ocupación agraria se ha reducido durante los tres últimos quinquenios (1988-2003) a casi la mitad de los efectivos en términos absolutos, o a la tercera parte en términos relativos, la producción agraria ha seguido creciendo, medida en VAB en precios constantes, de forma que la contribución por ocupado al VAB se ha doblado en dicho periodo. (Vid. Gráficos 1 y 2)

Gráfico 1.
Evolución de la producción agraria y de la ocupación agraria

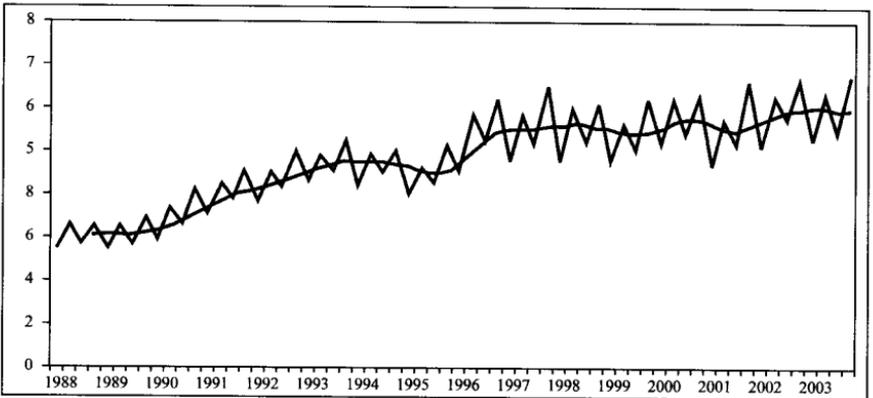


Nota: VABPB a precios constantes. Elaboración Propia.

Fuente: VABPB Agrario: Contabilidad Nacional CNTR. INE.

Activos Agrarios. EPA. INE.

Gráfico 2.
Producción por ocupado agrario



Fuente: Gráfico 1. INE. Elaboración Propia.

¿Cómo es posible este proceso de eficiencia productiva en un contexto de desagrarización? Resulta claro que la modernización tecnológica, así como una mayor inserción competitiva posibilitan este proceso contradictorio. Se trata de una reconversión agraria, en términos similares a la producida en el sector industrial durante la década de los 80. Pero también ha habido una transformación de las unidades productivas. Así se ha hablado de desfamiliarización de la agricultura. (Gómez Benito, González y Sancho Hazak 1999). En cierta medida podría decirse que la agricultura como actividad productiva, mercantil y mundializada se ha desprendido de los constreñimientos que el hábitat, la comunidad y la familia suponían.

No es ya simplemente que la actividad agraria comience a ser minoritaria en el medio rural, sino que también la actividad agraria se hace independiente de las poblaciones rurales. Hasta ahora un agricultor era considerado como un habitante rural. Los agricultores o eran rurales o no existían. Sin embargo la tendencia de urbanización de los agricultores ha sido claramente constatada durante la última década del siglo XX. El siglo XXI comienza mostrando que ya son casi tantos los agricultores urbanos como los rurales (45% a 55%). (Vid. tabla 1). La simple curiosidad hace preguntarse si los agricultores rurales son iguales que los urbanos. Pero más allá de la legítima curiosidad, la pregunta resulta crucial para entender la naturaleza y función de la ruralidad española.

Tabla 1.
Agricultores rurales y urbanos 2001.

	Importancia de la actividad agraria	Distribución de los ocupados agrarios
Menos de 101 habitantes	34,2	0,7
De 101 a 500 habitantes	26,8	6,9
De 501 a 1.000 habitantes	21,3	6,2
De 1.001 a 2.000 habitantes	16,9	9,0
De 2.001 a 5.000 habitantes	14,6	17,8
De 5.001 a 10.000 habitantes	10,5	14,8
De 10.001 a 20.000 habitantes	8,3	15,8
De 20.001 a 50.000 habitantes	5,0	12,3
De 50.001 a 100.000 habitantes	4,2	7,5
De 100.001 a 500.000 habitantes	1,7	6,6
Mas de 500.000 habitantes	0,8	2,3
TOTAL	5,9	100%
Menores de 10000	14,8	55,4
Mayores de 10000	3,4	44,6

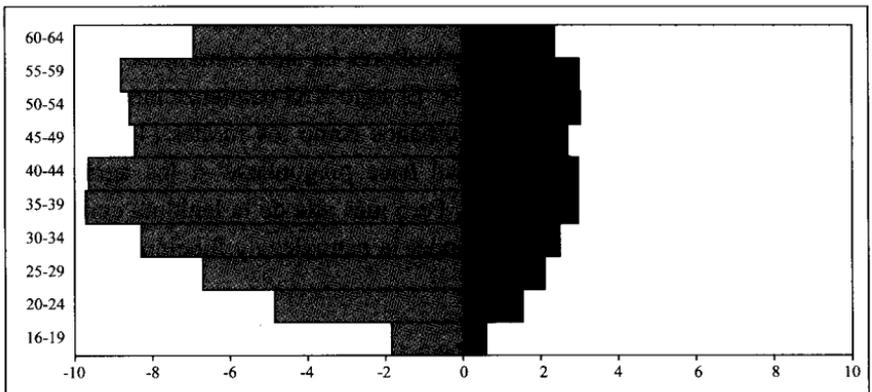
Ocupados en actividades agrarias, ganaderas, cinegéticas y selvícolas.

Fuente: Censos de Población 2001. INE.

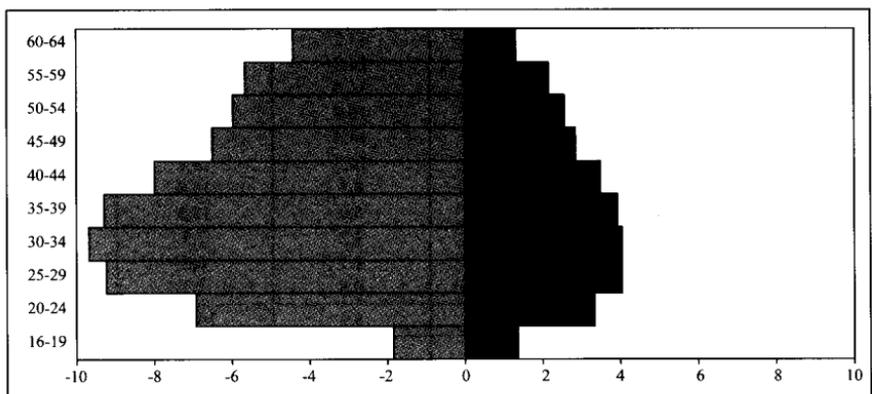
Elaboración propia.

Sin lugar a dudas la respuesta a esta pregunta es que poco tienen que ver los agricultores que residen en pequeños núcleos con aquéllos que lo hacen en núcleos urbanos. Los agricultores rurales son un colectivo masculinizado que muestra una estructura recesiva. Se trata de una pirámide invertida en donde el elevado peso de quienes alcanzan la jubilación no es compensado por las generaciones jóvenes. Por el contrario los agricultores urbanos presentan una estructura progresiva, son una población más juvenilizada e incluso bastante menos feminizada. Estas pirámides remiten a una situación de agotamiento de los colectivos de agricultores rurales frente a una emergencia de agricultores urbanos. (Vid. gráfico 3).

Gráfico 3.
Estructuras demográficas de los agricultores por hábitat
Agricultores Rurales



Agricultores Urbanos



Ocupados en actividades agrarias, ganaderas, cinegéticas y selvícolas.

Fuente: Censos de Población 2001. INE.

Elaboración propia.

Estos datos están indicando la diferente localización en el hábitat de ciertos colectivos de agricultores. Téngase en cuenta que las explotaciones agrarias residen en los municipios rurales, ocupan los espacios rurales. Quienes ya no residen en los municipios rurales son los agricultores y los datos muestran una clara selección generacional. Los menores de 30 residen en núcleos urbanos y los mayores lo hacen en núcleos menores. (Vid. tabla 2). ¿Cuál es la lógica de dicha selección de jóvenes agricultores urbanos y envejecimiento de los agricultores rurales?

Table 2
Generación y hábitat de los agricultores

	Agricultores Urbanos	Agricultores Rurales	Total	Porcentaje de agricultores urbanos
16-19	17.274	13.077	30.351	56,9
20-24	44.352	34.248	78.600	56,4
25-29	57.315	47.079	104.394	54,9
30-34	59.184	57.663	116.847	50,7
35-39	56.877	67.694	124.571	45,7
40-44	49.434	67.519	116.953	42,3
45-49	40.218	59.455	99.673	40,3
50-54	36.720	62.149	98.869	37,1
55-59	33.489	62.974	96.463	34,7
60-64	24.524	49.679	74.203	33,0
De 65 y más	11.357	13.645	25.002	45,4
Total	430.744	535.182	965.926	44,6

Fuente: Censos de Población. INE. Elaboración propia.

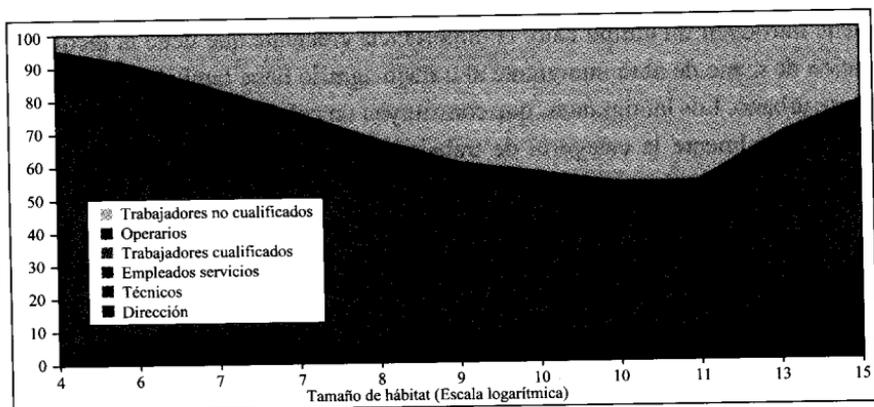
Una explicación podría partir de la segmentación residencial por estatus, es decir que el tipo y posición social del agricultor estuviera asociado a distintas prácticas residenciales. Por ejemplo, la clásica división entre grandes propietarios y jornaleros. Y en efecto los datos muestran la existencia de esta asociación pero en un sentido que complejiza aún más la relación entre hábitat y agricultores. (Vid. tabla 3)

Tabla 3.
Distribución de los agricultores por categoría socioprofesional y hábitat

	Menos de 101 hab.	De 101 a 500 hab.	De 501 a 1.000 hab.	De 1.001 a 2.000 hab.	De 2.001 a 5.000 hab.	De 5.001 a 10.000 hab.	De 10.001 a 20.000 hab.	De 20.001 a 50.000 hab.	De 50.001 a 100.000 hab.	De 100.001 a 500.000 hab.	Mas de 500.000 hab.
Dirección (1)	0,9	1,4	1,7	2,0	2,0	2,2	2,3	2,8	2,4	4,2	5,8
Técnicos (2 y 3)	1,0	1,1	1,2	1,3	1,3	1,5	1,8	2,4	3,1	6,9	13,4
Empleados											
servicios (4 y 5)	2,0	2,1	2,4	2,7	2,5	2,5	2,7	3,3	3,0	5,3	7,8
Trabajadores											
cualesificados (6)	88,3	82,9	74,1	65,2	56,8	49,2	45,1	38,9	38,8	44,4	45,2
Operarios (7 y 8)	3,2	3,7	4,1	5,0	5,0	5,2	5,4	6,7	7,1	7,8	5,8
Trabajadores no											
cualesificados (9)	4,6	8,9	16,5	23,9	32,4	39,4	42,6	45,9	45,7	31,4	22,0
	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100,0	100,0

Entre paréntesis grupos a un dígito de la clasificación CNO-93
Fuente: Censos de Población. INE. Elaboración propia.

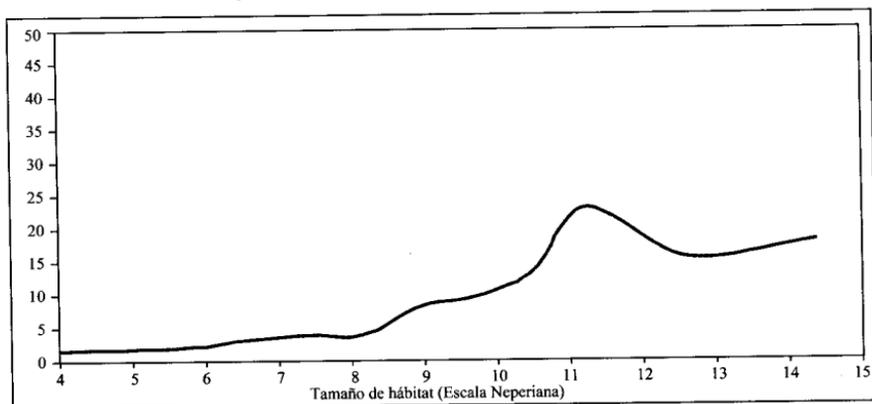
Gráfico 4
Estructura ocupacional de los agricultores en el hábitat



Fuente: Censos de Población. 2001. INE. Elaboración propia.

Los agricultores propietarios, titulares o familiares componen, -según la codificación CNO 93-, el grupo de trabajadores cualificados. Éstos agricultores residen en los municipios más pequeños, mientras que los trabajadores estacionales y temporales lo hacen en los municipios de tamaño intermedio. Los municipios metropolitanos, si bien concentran a técnicos y a quienes se dedican a actividades de dirección, se convierten en un espacio de convivencia poco diferenciado por estatus socioprofesional de los agricultores. (Vid. Gráfico 4).

Gráfico 5.
Porcentaje de inmigrantes agrarios según tamaño de hábitat



Fuente: Censos de Población. 2001. INE. Elaboración propia.

Antes de reflexionar sobre el significado de esta segmentación residencial, que se corresponde con una fractura socioeconómica de la agricultura, conviene introducir un último dato: la importancia creciente que tiene la incorporación de mano de obra inmigrante al trabajo agrario tiene también un componente urbano. Los inmigrantes, que constituyen un colectivo joven que engrosa fundamentalmente la categoría de trabajador no cualificado, eventual, estacional y, en definitiva, precario, es un agricultor más urbano. (Vid. gráfico 5).

Lo que está indicando todo lo anterior es que la reconversión de la agricultura se ha realizado al margen y generalmente fuera de los núcleos rurales. Las poblaciones de los núcleos pequeños han ido perdiendo su peso en la gestión y trabajo de las actividades agrarias. La industrialización de la agricultura se ha hecho no sólo mediante la mecanización y el aumento técnico y agronómico de las distintas producciones, sino también por la demanda de mano de obra. Mano de obra estacional que ha engrosado los núcleos de mayor tamaño, que le han permitido una mayor variedad de alternativas laborales a combinar con las actividades agrarias y un acceso más sencillo al mercado de la vivienda.

No sólo el trabajador asalariado se ha ido urbanizando sino también el agricultor propietario o titular, en función de su inserción más dinámica en la agricultura de mercado.

La reconversión agraria ha resultado paradójicamente un proceso urbano, que es donde ha tenido su impacto demográficamente hablando. Paradójicamente los núcleos rurales han mantenido la cara de la desagrarización, cultivadores envejecidos e insertos en cultivos de poca inversión y riesgo, eminentemente mecanizados para evitar la demanda de mano de obra e instalados en cultivos cómodos, como son el cereal o los forrajes que pueblan el interior peninsular. Y mientras se observaba al agricultor rural no se veía al agricultor urbano inserto en el proceso de reconversión agraria.

b) Masculinización

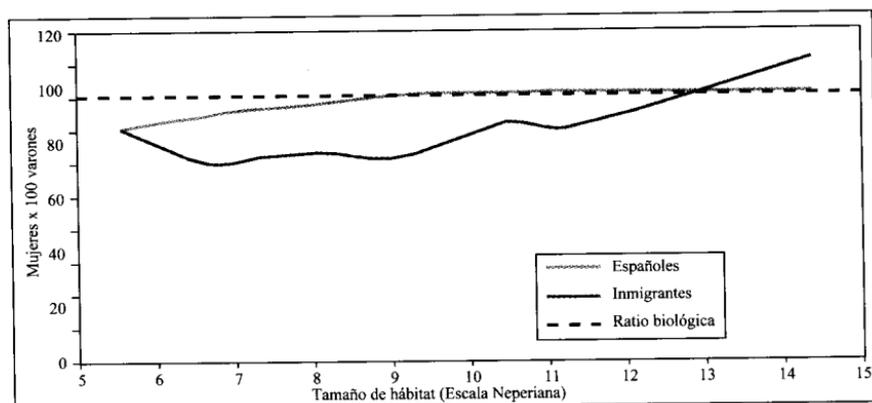
Uno de los elementos que definen el paisaje de la ruralidad española es la masculinización de sus jóvenes. Este paisaje de masculinización refleja el carácter incompleto o parcial del proceso de modernización rural. La desagrarización ha supuesto la quiebra de la familia campesina y la individuación de los sujetos respecto a sus familias. La modernización ha atendido a la mejora técnico-productiva pero desde la premisa de dejar inalterado el modelo patriarcal de relaciones familiares como estructura productiva. El resultado es un paisaje que puede considerarse dramático en muchas zonas del interior peninsular.

Este indicador, la masculinización, es un resumen preciso, por lo que afecta al propio ciclo vital de las poblaciones rurales, de este proceso incompleto de modernización. Desagrarización, recesión y sobrevejecimiento están omnipresentes en estos paisajes en la medida en que son procesos compañeros de la masculinización.

A pesar del paso del tiempo -las décadas del éxodo rural han ido quedando lejos-, la masculinización, si bien ha ido moderando relativamente su intensidad, no ha cesado. De hecho es una característica crónica del medio rural. Esta cronificación ha ido extendiéndose hacia otras zonas y progresivamente ha alcanzado e igualado a todas las zonas rurales. Del norte de interior y montaña ganadero que delimitaba el área inicial este proceso en su expansión, ha alcanzado también a zonas costeras de horticultura intensiva y expansiva.

La sorpresa surge al comprobar como este proceso de homogeneización de la masculinización tiene ahora otras fuentes que lo nutren. Es decir, el medio rural agudiza sus problemas desde causas distintas. La huida ilustrada de las jóvenes, en respuesta a un modelo productivo familiar patriarcal, ha perdido relativa fuerza en la medida en que ahora los jóvenes las acompañan, y esta generalización ya no produce desequilibrios. Sin embargo, se observa ahora la entrada en el medio rural de varones jóvenes, los inmigrantes, que producen nuevos desequilibrios en las estructuras demográficas y en los ciclos vitales. (Vid. gráfico 6).

Gráfico 6.
Desequilibrios por sexo para jóvenes (20-29) por tamaño de hábitat



Fuente: Censos de Población 2001. INE.

Elaboración propia.

Es decir ya no se van más las jóvenes sino que ahora vienen más los jóvenes. Este proceso además ya no tiene su origen en una relación local o regional entre el campo y la ciudad, sino que pertenece a lógicas globales de redistribución desequilibrada de la mano de obra.

Ello nos lleva a reflexiones en torno a la participación de la ruralidad en procesos globales. La inmigración es un proceso selectivo, pero además de selectivo en origen se distribuye selectivamente en destino, y en esta redistribución la distinción rural-urbana adquiere una importancia central. De hecho los datos muestran la concentración urbana de las inmigrantes frente a la concentración rural de los inmigrantes.

Se constata así un proceso de selección migratoria por sexo idéntico al éxodo rural pero con un cambio sustantivo de escala: el proceso de éxodo fue local - regional, el proceso actual es intercontinental. El medio rural sigue masculinizado pero ahora inserto en procesos de magnitud mundial y no de simple vicario urbano.

c) Movilidad pendular

La inercia del pensamiento agrarista y los principios del desarrollo endógeno han ocultado procesos de importante calado en las poblaciones rurales como son la movilidad y los desplazamientos diarios que realizan los habitantes rurales por motivos laborales. Los datos son contundentes al respecto. Así, un poco más de la mitad de los habitantes rurales trabajan hoy fuera de sus municipios. (Vid. tabla 4). Como puede apreciarse la movilidad pendular es más elevada en los núcleos más pequeños y se reduce en la medida en que los municipios son de mayor tamaño, pero todo ello dentro de un contexto de elevado *commuting*. En total más de uno de cada tres ocupados en España se desplaza a otro municipio para trabajar. (Vid. gráfico 7).

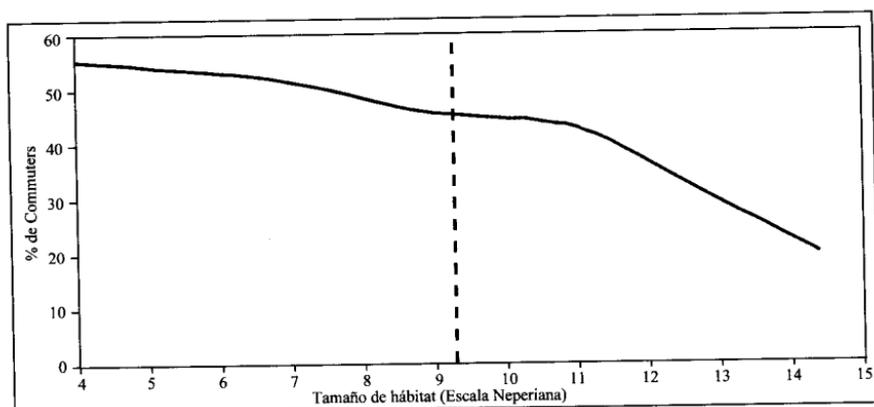
Los procesos recientes de transformación de las áreas rurales españolas

Tabla 4.
Porcentaje de ocupados que trabajan fuera de sus municipios de residencia

Menos de 101 habitantes	55,5
De 101 a 500 habitantes	53,4
De 501 a 1.000 habitantes	52,2
De 1.001 a 2.000 habitantes	50,6
De 2.001 a 5.000 habitantes	48,0
De 5.001 a 10.000 habitantes	45,8
De 10.001 a 20.000 habitantes	44,9
De 20.001 a 50.000 habitantes	44,2
De 50.001 a 100.000 habitantes	41,7
De 100.001 a 500.000 habitantes	31,7
Más de 500.000 habitantes	19,8
Media Nacional	37,6

Fuente: Censos de Población 2001. INE.
Elaboración Propia.

Gráfico 7.
Tasas de *commuter* por tamaño de hábitat



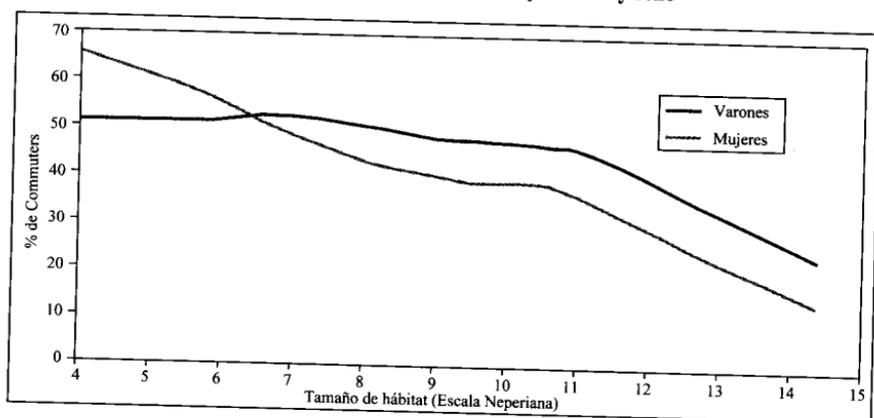
Nota: Población ocupada. La línea punteada señala el valor de la escala para 10.000 hab.
Fuente: Censos de Población 2001. INE. Elaboración Propia.

Precisamente el proceso de desagrarización sólo ha sido posible en la medida en que los mercados laborales se hacían extralocales y por otra parte, el establecimiento de nuevos residentes sólo ha sido posible en la medida en que los núcleos rurales primaban la residencia sobre la ocupación. El triángulo recursos - población - ocupación pierde su fuerza como estructura definitiva de lo local. Por el contrario, las áreas rurales se integran de forma más decidida en el nuevo marco del espacio de flujos.

El espacio de flujos responde, sin embargo, a la gestión de distintas desigualdades sociales. Precisamente la movilidad es un proceso derivado de

la desigualdad. En este sentido un análisis detallado de la movilidad pendular en función del género muestra un dato significativo. Mientras que por lo general es mayor la movilidad laboral masculina, la afirmación anterior debe invertirse para los municipios más pequeños. (Vid. gráfico 8). En éstos, la movilidad se convierte en pauta obligada para el acceso laboral de las mujeres⁷. El territorio rural se revela como un espacio laboral más hostil para las mujeres que para los varones, algo que ya había señalado el importante proceso de masculinización y que ahora vuelve a confirmar el elevado *commuting*. Es decir hay una construcción diferencial de los espacios rurales para unos y para otras.

Gráfico 8.
Tasas de *commuter* por tamaño y hábitat y sexo



Nota: Población ocupada.

Fuente: Censos de Población 2001. INE. Elaboración Propia.

El recorrido que se ha realizado por estos tres procesos ha mostrado otra cara de la ruralidad española. Son tendencias estructurales sólidas y de amplio espectro pero con consecuencias inmediatas sobre los distintos pobladores, con repercusiones directas en su vida cotidiana. Estos procesos, en la medida en que desembocan en una adscripción de categorías sociales precisas al hábitat, nos están hablando de otras lógicas de significación sobre lo rural.

⁷ Un análisis cartográfico más preciso de este fenómeno puede consultarse en el texto de Camarero y Oliva de próxima aparición en el Atlas de la España Rural que elabora el MAPA.

3. Las conexiones latentes entre significados y procesos. Los volátiles territorios de la reestructuración.

Murdoch y Pratt (1997) han aplicado a lo rural los conceptos de región, red y espacio fluido, cada uno de los cuales encierra una concepción del espacio bien distinta. El concepto de región alude a un espacio cerrado, donde el marco de relaciones se reduce a los términos de la exclusión: dentro o fuera. La metáfora de la red —y las interpretaciones que en ella se sustentan— concibe un espacio integrado en una malla de relaciones lineales. El concepto de espacio fluido (*fluidity*), remite a un espacio difuso, que permite relaciones en distintos niveles y dimensiones no lineales.

Concebir lo rural como espacio fluido, nos acerca al continuum espacio temporal mientras nos permite una aproximación realista a la ruralidad contemporánea: "lo rural es contingente, fluido, desvinculado de cualquier punto de referencia socio-espacial de carácter necesario y estable" (Ibid.: 58). Posibilita, además, concebir y comprender su múltiple heterogeneidad, en términos económicos, políticos, de procedencia de sus poblaciones, de estilos de vida... Nos invita, en definitiva, a entender que los protagonistas de los flujos no son ya categorías inmutables y ahistóricas —como se concebía al campesinado— sino "entidades sociales en movimiento": una gran diversidad de agentes sociales transformados en interacción y sometidos a distintos contextos o escenarios.

Los diálogos entre agentes locales y agentes globales, la elaboración de códigos que permitan, por ejemplo, la significación de lo rural en sus distintos sentidos de preservación (de la naturaleza, de la calidad alimentaria o de modos tradicionales y sostenibles de vida), tienen una conexión, en algunos casos casi causal, con procesos estructurales —como los apuntados en las páginas anteriores—. Procesos estos que se convierten en el entorno sobre el que sus habitantes elaboran distintas estrategias. En otro lugar (Oliva y Camarero 2002) se ha introducido precisamente la noción de paisaje social para referirse al marco que suponen sobre la vida cotidiana y devenir vital las distintas estructuras sociodemográficas en un espacio de flujos.

Aunque los distintos procesos estructurales hayan sido presentados sin relación con los distintos significados de la ruralidad, de hecho están relacionados. En las construcciones local-identitarias no está ausente el reflejo de las distintas tendencias sociodemográficas apuntadas, sino que por el contrario la importancia de éstas queda incorporada, aunque sea de forma no explícita o latente; y lo que es principal, con una afección muy variable por distintas categorías sociales.

Observemos, por ejemplo, el interés creciente por la producción de alimentos artesanales y de calidad, incluso la diferenciación de estos productos en “productos de autor”, productos con apellidos de productor que van más allá incluso de las meras denominaciones de origen. Este interés social está en consonancia con la situación advertida de fuerte diferenciación del carácter de los agricultores en el hábitat. Anteriormente se constató como el agricultor rural, era un productor envejecido y familiar, frente al agricultor urbano, más joven, asalariado o directivo vinculado a una agricultura industrial, indiferenciada y de gran escala. En definitiva una tendencia hacia la marginalidad y pequeña escala del agricultor rural frente al agricultor urbano, el productor. Por ello, en la medida en que la agricultura actual es una agricultura de productores urbanos, la adscripción de la ruralidad a productos tradicionales y de autor, no hace sino sancionar la distinción anterior e incluso la valorización de las producciones agrarias de los habitantes rurales es una estrategia postproductiva.⁸

También el interés institucional del desarrollo rural en la promoción del turismo rural tiene relación con la situación de masculinización. En este caso la negociación entre los actores es clara. El argumento socio-técnico es que los hoteles rurales promueven el empleo femenino, especialmente el empleo femenino dentro de un contexto familiar; de hecho, algunos programas denominan a estas actividades como “complementarias”. Así, se argumenta, la desfamiliarización agraria podría conducir a una familiarización en actividades turísticas de desarrollo. Con ello se consiguen dos objetivos, se inserta a las áreas rurales en los circuitos de consumo turístico y se “arraigan” mujeres en el territorio.⁹ ¿No plantea así, el desarrollo rural un pacto (contrato) social de convivencia?

Explorando la conexión entre los distintos significados que se atribuyen a la ruralidad y los distintos procesos que la atraviesan se puede ir más allá. Los distintos procesos apuntados suponen una clara distinción socioespacial. De hecho el espacio rural se ha construido tradicionalmente desde la diferenciación. Las sociedades campesinas son el ejemplo paradigmático. Hoy obser-

⁸ Como ejemplo puede extraerse la siguiente interpretación que sugieren los datos del Agrobárometro de Andalucía. Como se comentó anteriormente los andaluces hacen una definición agrarista de su medio rural. Sin embargo esto no quiere decir que soporten una idea de inmovilismo e incluso de atraso como podría desprenderse en una primera lectura. Por el contrario este resultado es precisamente el producto de un discurso urbano más elaborado, en el que priman la calidad alimentaria y el soporte identitario que esta produce como valores postmateriales.

⁹ Otra cuestión es que esta relación tenga sentido real, más allá, de una construcción ideológica de los mercados de trabajo rurales y sobre todo de la categoría de “mujer rural”.

vamos la pervivencia de la diferenciación en las áreas rurales pero desde la perspectiva, no de la exclusión, sino de la distinción. Así los tradicionales procesos de marginalidad, de inserción periférica en los mercados laborales o en la actividad económica, conviven con otros procesos que la literatura ha denominado clásicamente como “gentrification”, y que en el caso español, sin adquirir un estricto componente de clase, constituyen la categoría de los nuevos residentes. En este caso, el tercer proceso apuntado, la movilidad pendular, no es causa argumental de los significados sino producto. Podrían entenderse las altas tasas de movilidad sino fuera por la importancia que tienen los nuevos residentes, por su carácter de clase, en cuanto separan ocupación y residencia, y construyen esta relación en función de la atribución prístina, natural e integrada de los núcleos rurales.

Entre los residuos de la sociedad campesina y el impacto de los nuevos residentes, los procesos anteriores han puesto en evidencia, a su vez, otros procesos de segmentación social, por ocupación, por nacionalidad o por género, que se insertan y son soportados por la distinción rural-urbana. Es decir el hábitat, la antigua variable ecológica, sigue siendo funcional como criterio espacial de segmentación social. Sin embargo esta diferenciación ya no es dual, ni tampoco gradual o continua, sino confusa: no hay gradientes de distinción, porque ya no es un espacio región, como en las sociedades campesinas, donde podía hablarse de polos rurales y urbanos, tampoco es un espacio reticular, la organización jerárquica de los asentamientos durante el proceso de modernización, que permitía hablar de continuum; es un espacio fluido, un territorio líquido. Hay movilidad espacial creciente y diferenciada por distintas categorías sociales, pero ello no permite distinguir territorios en zonas. Mientras el proceso de modernización con el consiguiente éxodo rural lo constituían corrientes unidireccionales y con un origen causal único, hoy son innumerables los itinerarios y sobre todo los trayectos. Y parafraseando el exitoso término de modernidad líquida (Bauman 2002) tal vez la ruralidad hoy sea líquida también, en el sentido de paisajes sociales entreverados o, incluso, emulsionados.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2002): *Modernidad líquida*. Buenos Aires, FCE.
- Becattini, G. (1988): "Los distritos industriales y el reciente desarrollo italiano". En *Sociología del Trabajo*, nº 5.
- Bradley, A. and P. Lowe eds (1984): *Locality and rurality: economy and society in rural regions*. Norwich, Geo Books
- Costantini, B. y Pedreño, A. (2003): "El riesgo de desertificación de las tierras del sudeste español como problemática pública: una aproximación a la sociología del desierto." Comunicación. En: *VI Congreso Vasco de Sociología*. www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_ponen-cias/pedre%F1o.pdf
- Garrido, F. Mauleón, J.R. y Moyano (2002): "Rural restructuring and effects of rural development policies in Spain". In K. Halfacree et al. eds, *Leadership and Local Power in European rural Development* Hampshire, Ashgate
- Garrido, F. y Moyano, E. (2002): "Capital social y desarrollo en zonas rurales: un análisis de los programas Leader II y Proder en Andalucía", *Revista Internacional de Sociología* 33.
- Gómez Benito, C., González J.J. y Sancho Hazak (1999): *Identidad y profesión en la agricultura familiar*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- González Fernández, M. (2002): *Sociología y Ruralidades. La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana*. Madrid, MAPA.
- González Fernández, M. y Camarero, L.A. (1999): "Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la Postmodernidad". En *Política y Sociedad* nº 31.
- Grannovetter, M. y Swedberg, R. (1992): *The sociology of economic life*. Boulder. Westview Press.
- Halfacree, K. H. (1997): Contrasting roles for the post-productivist countryside. A post-modern perspective on counterurbanisation. En Cloke, P. y Little, Jo: *Contested Countryside Cultures*. Londres. Routledge.
- Hoggart, K. and A. Paniagua (2001a) What rural restructuring? En *Journal of Rural Studies*, 17.
- Hoggart, K. and A. Paniagua (2001b) The restructuring of rural Spain? En *Journal of Rural Studies*, 17.
- Lash, S.; Urry, J. (1996): *Economies of signs & spaces*. Londres. Sage.
- Lefebvre, H. (1974): *La production de l'espace*. Paris. Anthropos.
- Mingione, E. (1994): *Las sociedades fragmentadas*. Madrid. Mº de Trabajo.
- Marsden, T., Lowe, P., and Whatmore, S. (eds) (1990) *Rural Restructuring: Global Processes and their Responses*, Londres. Fulton.

Los procesos recientes de transformación de las áreas rurales españolas

- Mormont, M. (1987): "Rural nature and urban natures". En *Sociologia Ruralis*. Vol XXVII - 1. (1990): "Who is rural? How to be rural?" En Marsden et al.: *Rural Restructuring*. Londres. David Fulton Publishers.
- (1997): "A la recherche des spécificités rurales". En Jollivet, M.: *Vers un rural postindustriel*. París. L'Harmattan.
- Murdoch, J.; Pratt, A. (1997): "From the power of topography to the topography of power". En Cloke, P. y Little, Jo: *Contested Countryside Cultures*. Londres. Routledge.
- Oliva, J. y Camarero, L. (2001): "Shifting rurality: The Spanish Countryside after De-peasantisation and De-agrarianisation", en Granberg, L.; Kovach, I. And Tovey, H. *Europe's Green Ring*. Aldershot, Ashgate.
- Oliva, J. y Camarero, L. (2002): *Paisajes Sociales y Metáforas del Lugar*. Pamplona, UPNA.
- Pedreño, A. (1999): *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. Madrid. MAPA.
- Polanyi, K. (1989): *La gran transformación*. La piqueta. Madrid.
- (1992): "The economy as instituted process". En Grannovetter, M. y Swedberg, R.: *The sociology of economic life*. Boulder. Westview Press.
- Vicente-Mazariegos (coord.) (1991): "Las trayectorias de la Ruralidad en la Sociedad Itinerante." En *Política y Sociedad*, nº 8.

